

TENSION EN EL MERCADO ENERGETICO

ISAAC MARTIN BARBERO

Irak y petróleo: No es lo mismo

Para recuperar la industria se necesita capital extranjero y estabilidad política. Los problemas que sufre hoy el país hacen pensar al autor que el crudo, la gran promesa de futuro del pueblo iraquí, tardará en ver la luz

En estos días, muchas voces claman por la transferencia inmediata del poder a los iraquíes. Según éstas, como Irak cuenta con las segundas mayores reservas del mundo de petróleo, dejar a los iraquíes ocuparse de su administración sería suficiente para asegurar la recuperación de un país que debe su atraso a los años de embargo y a las guerras de 1991 y 2003. Toda interferencia extranjera no tendría otra explicación que la voracidad petrolera. Este discurso, evolución natural de lo que Paul Isbell denominó la tesis «sangre por petróleo», parece ignorar algunos elementos básicos de la realidad económica y petrolera iraquí.

En marzo de 2003, antes del ataque angloestadounidense, la producción iraquí de crudo, frente a los tres millones y medio de barriles diarios de 1990, no alcanzaba los dos millones, de los cuales se exportaban aproximadamente un millón. Suponiendo un precio medio de 25 dólares —la media de la banda objetivo de la OPEP—, obviando que el precio del crudo contiene remuneraciones a agentes distintos del productor, olvidando que una parte sustancial del crudo iraquí es vendido a precios inferiores a los de mercado y admitiendo un supuesto optimista sobre el funcionamiento de las infraestructuras petrolíferas, un ingreso de 25 millones de dólares diarios por exportación, 300 días al año, supone 7.500 millones de dólares anuales.

Esta cantidad, aproximadamente igual a lo que es necesario invertir para recuperar los niveles de producción de 1991 en 2006, supone menos del 10% del monto en el que Naciones Unidas ha estimado las necesidades de reconstrucción del país.

Por otro lado, la experiencia acumulada acerca de los efectos de las revoluciones y turbulencias políticas sobre la producción de petróleo indica que ésta siempre se resiente. En el mercado, está asentado el tópico de que se requieren tres años para recuperar los niveles anteriores a los disturbios. Sin embargo, aun siendo moderadamente optimistas, los 10 años que necesitó Rusia tras el derrumbamiento de la Unión Soviética son una mejor aproximación a la esperable trayectoria iraquí, de optarse por dejar esta tarea a las solas fuerzas nacionales.

En estos momentos, Irak carece de los equipos y del personal requeridos para poder transformar el potencial que alberga su subsuelo en oportunidades para los iraquíes. Pero sobre todo, Irak carece de los extraordinarios recursos financieros necesarios a tal propósito. Irak precisa las inversiones de las compañías petroleras internacionales, ya sea a través de acuerdos de desarrollo y producción (DPC) o contratos para el reparto de beneficios (PSC).

Desde el punto de vista de la atracción del capital extranjero en el camino del desarrollo petrolero iraquí se interponen, al menos, cuatro incertidumbres:

Primero: resulta ineludible la creación de mecanismos de protección de inversiones y la liquidación, finalización y renegociación de muchos acuerdos firmados por el depuesto Gobierno iraquí entre 1991 y 2003.

Segundo: una vez concretada la parte iraquí del pastel petrolero, el reparto de los ingresos dentro del país entre comunidades o regiones, tampoco parece que vaya a

jugar a favor de soluciones rápidas.

Tercero: Irak mantiene contentos con Kuwait en la delimitación de importantes campos fronterizos que, dado el peso que han tenido en los conflictos recientes entre ambos países, tienen una carga de prejuicio nacional y un peso político grandes.

Cuarto: la difícil situación social de Irak y, en el futuro, las nuevas libertades suponen un terreno propicio para unos conflictos laborales que elevarán las primas de riesgo y amenazan con interrumpir periódicamente el flujo del crudo.

Frente a esta realidad, llama la atención el simplismo con el que muchos han hablado, escrito y ac-

tuado con relación al crudo iraquí. Cuando, en mayo de 2003, se declaró concluida la guerra, cundió en el mercado un optimismo tan generalizado como infundado. El grueso de las posiciones acaparadoras mantenidas desde finales de 2002 se deshicieron: «El petróleo iraquí, en su vuelta al mercado, deprimiría los precios». La realidad resultó menos halagüeña.

En Irak, para superar la actual situación, se necesita capital extranjero y estabilidad política. Esta última, requiere, al menos, tres elementos: eficacia en la gestión de la insurgencia interior, convencer a los iraquíes de su protagonismo en un nuevo modelo de Estado

y una legitimidad social emanada de la capacidad de mantener al grueso de la población en un nivel de vida suficiente. Estos tres aspectos están íntimamente vinculados a la cuestión petrolífera.

Mientras, la demanda mundial de petróleo seguirá creciendo y lo hará en mayor medida cuanto más vigorosamente se produzca la recuperación. Al menos en esta ocasión, no será la oferta iraquí la que contribuya al equilibrio del mercado. Por el momento, todo apunta a que el crudo iraquí, la promesa de futuro de un pueblo, tardará en ver la luz.

Isaac Martín Barbero es técnico comercial y economista del Estado.